



Lectura domiciliaria SUB TERRA Los inválidos.

Nombre estudiante:	Curso: 2 medio	Fecha semana: 01/06/2020 a 05/06/2020
OA 3. Analizar las narraciones leídas para enriquecer su comprensión, considerando, cuando sea pertinente: > Las creencias, prejuicios y estereotipos presentes en el relato, a la luz de la visión de mundo de la época en la que fue escrito y su conexión con el mundo actual. OA 8. Formular una interpretación de los textos literarios leídos o vistos, que sea coherente con su análisis, considerando: > Una hipótesis sobre el sentido de la obra, que muestre un punto de vista personal, histórico, social o universal. Los antecedentes culturales que influyen en la visión que refleja la obra sobre temas como el destino, la muerte, la trascendencia, la guerra u otros. > La relación de la obra con la visión de mundo y el contexto histórico en el que se ambienta y/o en el que fue creada, ejemplificando dicha relación.		O.C: Analizar e interpretar la visión de mundo del autor, de la época en la que fue escrito y su conexión con el mundo actual.

Instrucciones generales

Estimados estudiantes, las actividades que deberás desarrollar en esta guía están relacionadas con el último cuento correspondiente a la lectura domiciliaria de este mes. El último cuento seleccionado es **“Los inválidos”**.

Los ejercicios que deberás realizar en esta guía se especifican a continuación:

- **Análisis e interpretación del contexto histórico, relacionándolo con la visión de mundo que proyecta.**
- **Análisis e interpretación de los antecedentes culturales que influyen en la visión que refleja la obra sobre el tema del destino y la muerte.**

***Como material complementario, te invitamos a ingresar al canal de Youtube de la profesora María José Toro González, donde podrás ver un video que explica cómo realizar esta guía. Para ver el video, puedes copiar el siguiente link:**

https://youtu.be/_lEzjA2Gto

*Una vez terminada esta guía, puedes enviarla al correo de la profesora que corresponda a tu curso.

En el **asunto** debes escribir: 2 medio (letra de tu curso) El alma de la máquina /nombre del estudiante.

*Puedes guardarla en una carpeta y mostrarla, junto al resto de tu trabajo, una vez retomadas las clases presenciales.

Te recordamos que sea cual sea la opción que elijas, es importante que vayas trabajando de manera progresiva (de la forma y al ritmo que tu contexto te permita), para que, luego, no tengas tanto quehacer acumulado y puedas darle la mejor continuidad posible a tus estudios.

Activación de conocimientos previos: En la guía de la semana 6, estudiamos el contexto de producción. Completa este cuadro utilizando los siguientes conceptos: **determina, visiones de mundo, literario, cultural, influye, histórico, sistema de valores, ideas, época,**

El contexto de producción _____ e _____ en la creación de una obra. Existen tres grandes tipos: _____, _____ y _____.

El contexto _____ se relaciona con la biografía del autor y todo lo que se vincule con la _____ en la que vive o vivió.

El contexto _____ se construye por el sistema cultural imperante durante el desarrollo de la vida del autor: _____, _____ e _____.

Por último, el contexto _____ que se relaciona al sistema de obras literarias con las cuales un escritor se relaciona.

Exposición del contenido:

En la guía número 6, hablamos sobre aquellos elementos extra textuales que influyen y determinan una obra. También incluimos una serie de antecedentes históricos que te ayudaron a comprender mejor el contexto de producción. Además, como material complementario, compartimos contigo el enlace a la página “Memoria chilena” (www.memoriachilena.cl) desde la cual pudiste investigar mucho más sobre la vida y obra de Lillo. Esta vez te contaremos un poco más sobre el clima cultural e histórico que rodeó la producción literaria de Lillo, a través de algunos fragmentos de una investigación histórica sobre Lota y la extracción de carbón.

“La intensidad de la actividad contó, para la extracción de carbón, con unos 6.200 trabajadores en tiempos de la administración de la familia Cousiño. El poblamiento que da paso del originario campamento a la ciudad minera se perfila con los atributos de la revolución industrial y manifiesta el modelo de producción capitalista en su versión chilena. Reconocer estos atributos, permite avalar que en Lota se desarrolla en torno al trabajo la organización más fuerte que haya podido desarrollar el capital chileno,

dando origen a lo que sería el primer *holding* nacional de propiedad de la familia Cousiño; y es en este enclave productivo donde se genera la entrega de un salario muy precario, la temprana inserción de los jóvenes al mundo laboral y el trabajo infantil, integrados a verdaderas cadenas humanas de producción, lo que termina imponiéndose como pauta de socialización intergeneracional y tradición familiar; los trabajadores indígenas y campesinos reclutados son sometidos a una maquinización y adiestramiento corporal y a una cultura horaria cronológica fuera de toda lógica de las leyes laborales actuales (más de 12 horas continuas de trabajo), propia del rigor de la industrialización como precondition para la integración social.

En lo fundamental, a través de la actividad minera, en Lota se desarrolla una cultura del trabajo que penetra todo los intersticios de la ciudad. Se constituye una clase social trabajadora, con un sujeto particular con identidad laboral y de clase, con componentes ideológicos socialistas y sindicalistas, apoyado por periódicos y folletos doctrinarios, anclado en una actividad única. Este trabajo se realiza en la profundidad de la tierra, de manera submarina y con una extensión que puede medirse en kilómetros, por lo que el trabajo es realmente riesgoso y distinto, así la actividad es considerada "titánica, heroica y fabulosa" Los hombres, entregados con incertidumbre a las honduras de la tierra y la oscuridad y encomendados a sus convicciones religiosas, bajaban casi 500 metros en forma vertical en "jaulas" (ascensores) para ingresar al túnel, llegando a internarse más de 15 kilómetros en forma horizontal bajo el océano; de ahí que el trabajo diario — mezcla de fuerza física y habilidad— pareciese una eternidad y que los ojos se encontraran siempre bien abiertos, los oídos alertas ante cualquier derrumbe en las galerías y el olfato aguzado para reconocer la presencia del gas grisú o viento negro. El trabajo, en medio de un barro que nunca abandona, de piedras crujientes, en galerías cuya altura máxima de la oquedad no sobrepasaba 1,60 metro y donde siempre había que estar agachado, es lo que configura un cuerpo y una imagen de minero: manos y brazos robustos, dorso sudado, cara húmeda y con costras de carbón, pulmones repletos de gases tóxicos; imagen que ha quedado proyectada en el tiempo y permanece como impronta propia de aquel oficio.

Desde una perspectiva etnográfica y etnológica, este modo de trabajar se constituye en una actividad tradicional, repetitiva, reconocida y sedimentada en el tiempo; la forma de trabajo con sus eternas rutinas y rituales, el riesgo al interior de la mina y el que no haya "en el mundo mayor silencio, a menos que lo interrumpa una gotera persistente, vil recordatorio de que el océano está encima" (Rivas, 2000, p. 6) es lo que hace que cada día se envejezca de manera acelerada y se muera un poco más en un trabajo que presenta históricamente pocas variaciones por los esfuerzos físicos comprometidos. Fue tan peligrosa en sus inicios, que pueden recordarse los llamados "penitentes blancos", quienes vestidos con una túnica blanca y mojada, entraban a la caverna antes que las cuadrillas de trabajadores, con un chonchón de llama prominente, sólo para quemar el gas (Alcalde, 1973, p. 41).

El proceso de trabajo define y estructura a través de generaciones la identidad de sus trabajadores y la identificación de la ciudad con el carbón al transformarse en potentes elementos de distinción frente a cualquier otra tradición minera. Con el trabajo en común y en estas condiciones de arrojo, "donde siempre se siente miedo y donde no todo está bajo control", se generan compromisos de lealtad que llegan a ser evidentes a través del tiempo; todo lo que aflora a la superficie es una memoria de lo que la mina esconde, de turnos sincronizados, de cuadrillas de trabajadores convertidas en confianzas y amistad, de acercamientos religiosos y políticos, de millones de horas hombre extrayendo carbón; de dedos que arañaron la riqueza, de infinitas cavilaciones que nadie podrá registrar, de las marcas en el cuerpo propio y en los ajenos, de los huesos resentidos. Sin embargo, como conjunto de sentimientos y prácticas "... en ese espacio cada hombre sabía exactamente lo que tenía que hacer y valoraba su trabajo, por lo cual obtenía dignamente su salario" (Vega, 2000, p. 12).

El aprendizaje y la experiencia del trabajo minero se transforman en un modo de vida, en rituales, en formas de nombrar y registrar la experiencia dentro y fuera de la mina, en relaciones estables y permanentes tanto en los sindicatos como en la vecindad y en el intercambio diario en la ciudad, en la ocupación del espacio urbano, en el uso de los servicios, en los lugares de sociabilidad masculina como las cantinas, los prostíbulos y los de las prácticas deportivas⁸, en la especificación de los roles de género, las expectativas sobre la vida como proyecto vital, un cierto deber ser, ya que todo hijo de minero debía serlo también y sus hijas debían casarse con uno de éstos. En esta dinámica, a Lota Alta se anuda el caminar por las galerías de los pabellones con el hollín impregnado en las fachadas de cada vivienda, la ropa que flamea colgando de los tendedores, las chimeneas humeantes, el pan diario salido de los hornos que corresponde a un espacio de sociabilidad femenina. En términos simbólicos, corre siempre en paralelo y con fuerza la tragedia y el luto asociado al trabajo, el dolor de la pauperización, el conflicto, la esperanza por un mundo más justo y con más reconocimiento, el cual es representado por las organizaciones sindicales y políticas. El cuerpo exhausto buscó por décadas dejar atrás las lámparas de aceite, la ropa confeccionada con sacos de harina, los cascos de cuero y ojotas usadas en vez de zapatos de seguridad, jornadas de ocho horas diarias, alcanzar una jubilación a los 25 años de trabajo; sin embargo, la fatalidad de la amputación de una extremidad por un derrumbe o un tiro mal ejecutado o la fractura de columna e invalidez total, también formaron parte de su sino trágico. La muerte, como elemento propio del riesgo del trabajo subterráneo, es un rasgo omnipresente en esta sociedad, tal como se expresa en su cementerio y en los recuerdos colectivos sobre accidentes al interior de la mina o hechos luctuosos.

Sobre estas condiciones generales que hablan de proletarización y del perfil de la pobreza, Luis Ortega (1992, p. 109) agrega como antecedente histórico que muchas veces el agua consumida por la población ya había sido empleada por un numeroso contingente de lavanderas o que se habían vertido basuras o aguas servidas sobre ellas, que podían observarse mataderos clandestinos, mala calidad de los alimentos, adulteración de la leche, el azúcar y el vino, o carne de perro vendida por oveja. Quizá, lo único luminoso, blanco y contrastante será el pan salido de los hornos comunitarios, donde las mujeres transformaban los tres quintales de harina mensuales a los que accedían, en el alimento central de su dieta. José Román, en su documental *Reportaje a Lota*, de 1970, recorre la vida en la ciudad, testificando lo que hoy parece un Chile lejano: niños haciendo una fila interminable para recibir un plato de comida."

Modelamiento: En esta guía analizaremos e interpretaremos el contexto de producción de uno de los cuentos de Baldomero Lillo, “Los inválidos”. Como ejemplo, vamos a trabajar con un fragmento del cuento “El chiflón del diablo”, el que leíste la semana pasada. Léelo con mucha atención y conéctalo con los antecedentes que te fueron ya entregados.

Fragmento “El chiflón del diablo”

“La galería del Chiflón del Diablo tenía una siniestra fama. Abierta para dar salida al mineral de un filón recién descubierto, se habían en un principio ejecutado los trabajos con el esmero requerido. Pero a medida que se ahondaba en la roca, ésta se tornaba porosa e inconsistente. Las filtraciones un tanto escasas al empezar habían ido en aumento, haciendo muy precaria la estabilidad de la techumbre que sólo se sostenía mediante sólidos revestimientos.

(...)Cabeza de Cobre llegó esa noche a su habitación más tarde que de costumbre. Estaba grave, meditabundo, y contestaba con monosílabos las cariñosas preguntas que le hacía su madre sobre su trabajo del día. En ese hogar humilde había cierta decencia y limpieza por lo común desusadas en aquellos albergues donde en promiscuidad repugnante se confundían hombres, mujeres y niños y una variedad tal de animales que cada uno de aquellos cuartos sugería en el espíritu la bíblica visión del Arca de Noé.

La madre del minero era una mujer alta, delgada, de cabellos blancos. Hija y madre de mineros, terribles desgracias la habían envejecido prematuramente. Su marido y dos hijos muertos unos tras otros por los hundimientos y las explosiones del grisú, fueron el tributo que los suyos habían pagado a la insaciable avidez de la mina. Sólo le restaba aquel muchacho por quien su corazón, joven aún, pasaba en continuo sobresalto.

Siempre temerosa de una desgracia, su imaginación no se apartaba un instante de las tinieblas del manto carbonífero que absorbía aquella existencia que era su único bien, el único lazo que la sujetaba a la vida.

¿Cuántas veces en esos instantes de recogimiento había pensado, sin acertar a explicárselo, en el porqué de aquellas odiosas desigualdades humanas que condenaban a los pobres, al mayor número, a sudar sangre para sostener el fausto de la inútil existencia de unos pocos! ¡Y si tan sólo se pudiera vivir sin aquella perpetua zozobra por la suerte de los seres queridos, cuyas vidas eran el precio, tantas veces pagado, del pan de cada día!

Gruesas lágrimas se deslizaron por el pálido rostro de la anciana. El muchacho callaba y comía sin levantar la vista del plato.

Cabeza de Cobre se fue a la mañana siguiente a su trabajo sin comunicar a su madre el cambio de faena efectuado el día anterior. Tiempo de sobra habría siempre para darle aquella mala noticia. Con la despreocupación propia de la edad no daba grande importancia a los temores de la anciana. Fatalista, como todos sus camaradas, creía que era inútil tratar de sustraerse al destino que cada cual tenía de antemano designado.

Para responder las preguntas que aparecen a continuación, utiliza la información que te hemos dado sobre la vida del autor y el contexto histórico y cultural que rodeó su creación literaria.

1. Completa el siguiente cuadro relacionado a los temas presentes en la obra:

Tema	Menciona una marca textual donde puedas evidenciar la presencia de este tema en el cuento.
La muerte	¿Cuántas veces en esos instantes de recogimiento había pensado, sin acertar a explicárselo, en el porqué de aquellas odiosas desigualdades humanas que condenaban a los pobres, al mayor número, a sudar sangre para sostener el fausto de la inútil existencia de unos pocos! ¡Y si tan sólo se pudiera vivir sin aquella perpetua zozobra por la suerte de los seres queridos, cuyas vidas eran el precio, tantas veces pagado, del pan de cada día!
El destino	“Fatalista, como todos sus camaradas, creía que era inútil tratar de sustraerse al destino que cada cual tenía de antemano designado.”

2. ¿Cómo se conecta el tema de la muerte presente en la obra, a la realidad de los obreros de Lota en esa época? Bázate en la información que te entrega la contextualización en esta guía y otra información que puedas recoger. Fundamenta tu respuesta con una marca textual del cuento.

La muerte es parte de la visión de mundo de la cultura minera lotina, marcada por la muerte que enfrentaban día a día los mineros, quienes se refugiaban en la religiosidad y el compañerismo para hacer su existencia más llevadera. La familia era consciente de este destino, ya que, como señala la contextualización, el trabajo minero se constituyó en una tradición, por lo tanto, la madre sabía que la trágica muerte ronda a su familia desde que ponen un pie en la mina: “No quiero que te traigan un día como trajeron a tu padre y a tus hermanos”. Se naturaliza la muerte, ya que es el precio que deben pagar por el sustento que ésta les da, por el pan de cada día.

III. Trabajo Independiente:

1. Ahora lee atentamente el siguiente cuento.

La extracción de un caballo en la mina, acontecimiento no muy frecuente, había agrupado alrededor del pique a los obreros que volcaban las carretillas en la cancha y a los encargados de retornar las vacías y colocarlas en las jaulas.

Todos eran viejos, inútiles para los trabajos del interior de la mina, y aquel caballo que después de diez años de arrastrar allá abajo los trenes de mineral era devuelto a la claridad del sol, inspirábales la honda simpatía que se experimenta por un viejo y leal amigo con el que han compartido las fatigas de una penosa jornada.

A muchos les traía aquella bestia el recuerdo de mejores días, cuando en la estrecha cantera con brazos entonces vigorosos hundían de un solo golpe en el escondido filón el diente acerado de la piqueta del barretero. Todos conocían a Diamante, el generoso bruto, que dócil e infatigable trotaba con su tren de vagonetas, desde la mañana hasta la noche, en las sinuosas galerías de arrastre. Y cuando la fatiga abrumadora de aquella faena sobrehumana paralizaba el impulso de sus brazos, la vista del caballo que pasaba blanco de espuma les infundía nuevos alientos para proseguir esa tarea de hormigas perforadoras con tesón inquebrantable de la ola que desmenuza grano por grano la roca inmovible que desafía sus furores.

Todos estaban silenciosos ante la aparición del caballo, inutilizado por incurable cojera para cualquier trabajo dentro o fuera de la mina y cuya última etapa sería el estéril llano donde sólo se percibían a trechos escuetos matorrales cubiertos de polvo, sin que una brizna de yerba, ni un árbol interrumpiera el gris uniforme y monótono del paisaje.

Nada más tétrico que esa desolada llanura, reseca y polvorienta, sembrada de pequeños montículos de arena tan gruesa y pesada que los vientos la arrastraban difícilmente a través del suelo desnudo, ávido de humedad.

En una pequeña elevación del terreno alzábanse la cabría, las chimeneas y los ahumados galpones de la mina. El caserío de los mineros estaba situado a la derecha en una pequeña hondonada. Sobre él una densa masa de humo negro flotaba pesadamente en el aire enrarecido, haciendo más sombrío el aspecto de aquel paraje inhospitalario.

Un calor sofocante salía de la tierra calcinada, y el polvo de carbón sutil e impalpable adheríase a los rostros sudorosos de los obreros que apoyados en sus carretillas saboreaban en silencio el breve descanso que aquella maniobra les deparaba.

Tras los golpes reglamentarios, las grandes poleas en lo alto de la cabría empezaron a girar con lentitud, deslizándose por sus ranuras los delgados hilos de metal que se iban enrollando en el gran tambor, carrete gigantesco de la potente máquina. Pasaron algunos instantes y de pronto una masa oscura chorreando agua surgió rápida del negro pozo y se detuvo a algunos metros por encima del brocal. Suspendido en una red de gruesas cuerdas sujeta debajo de la jaula, balanceábase sobre el abismo con las patas abiertas y tiesas, un caballo negro. Mirado desde abajo en aquella grotesca postura asemejábase a una monstruosa araña recogida en el centro de su tela. Después de columpiarse un instante en el aire descendió suavemente al nivel de la plataforma. Los obreros se precipitaron sobre aquella especie de saco, desviándolo de la abertura del pique, y Diamante, libre en un momento de sus ligaduras, se alzó tembloroso sobre sus patas y se quedó inmóvil, resoplando fatigosamente.

Como todos los que se emplean en las minas, era un animal de pequeña alzada. La piel que antes fue suave, lustrosa y negra como el azabache había perdido su brillo acibillada por cicatrices sin cuento. Grandes grietas y heridas en supuración señalaban el sitio de los arreos de tiro y los corvejones ostentaban viejos esparavanes que deformaban los finos remos de otro tiempo. Ventrudo, de largo cuello y huesudas ancas, no conservaba ni un resto de la gallardía y esbeltez pasadas, y las crines de la cola habían casi desaparecido arrancadas por el látigo cuya sangrienta huella se veía aún fresca en el hundido lomo.

Los obreros lo miraban con sorpresa dolorosa. ¡Qué cambio se había operado en el brioso bruto que ellos habían conocido! Aquello era sólo un pingajo de carne nauseabunda buena para pasto de buitres y gallinazos. Y mientras el caballo cegado por la luz del mediodía permanecía con la cabeza baja e inmóvil, el más viejo de los mineros, enderezando el anguloso cuerpo, paseó una mirada investigadora a su alrededor. En su rostro marchito, pero de líneas firmes y correctas, había una expresión de gravedad soñadora y sus ojos, donde parecía haberse refugiado la vida, iban y venían del caballo al grupo silencioso de sus camaradas, ruinas vivientes que, como máquinas inútiles, la mina lanzaba de cuando en cuando, desde sus hondas profundidades.

Los viejos miraban con curiosidad a su compañero aguardando uno de esos discursos extraños e incomprensibles que brotaban a veces de los labios del minero a quien consideraban como poseedor de una gran cultura intelectual, pues siempre había en los bolsillos de su blusa algún libro desencuadernado y sucio cuya lectura absorbía sus horas de reposo y del cual tomaba aquellas frases y términos ininteligibles para sus oyentes.

Su semblante de ordinario resignado y dulce se transfiguraba al comentar las torturas e ignominias de los pobres y su palabra adquiría entonces la entonación del inspirado y del apóstol.

El anciano permaneció un instante en actitud reflexiva y luego, pasando el brazo por el cuello del inválido jamelgo, con voz grave y vibrante como si arengase a una muchedumbre exclamó:

-¿Pobre viejo, te echan porque ya no sirves! Lo mismo nos pasa a todos. Allí abajo no se hace distinción entre el hombre y las bestias. Agotadas las fuerzas, la mina nos arroja como la araña arroja fuera de su tela el cuerpo exangüe de la mosca que le sirvió de alimento. ¡Camaradas, este bruto es la imagen de nuestra vida! Como él callamos, sufriendo resignados nuestro destino! Y, sin embargo, nuestra fuerza y poder son tan inmensos que nada bajo el sol resistiría su empuje. Si todos los oprimidos con las manos atadas a la espalda marchásemos contra nuestros opresores, cuán presto quebrantaríamos el orgullo de los que hoy beben

nuestra sangre y chupan hasta la médula de nuestros huesos. Los aventaríamos, en la primera embestida, como un puñado de paja que dispersa el huracán. ¡Son tan pocos, es su hueste tan mezquina ante el ejército innumerable de nuestros hermanos que pueblan los talleres, las campiñas y las entrañas de la tierra!

A medida que hablaba animábase el rostro caduco del minero, sus ojos lanzaban llamas y su cuerpo temblaba presa de intensa excitación. Con la cabeza echada atrás y la mirada perdida en el vacío, parecía divisar allá en lontananza la gigantesca ola humana, avanzando a través de los campos con la desatentada carrera del mar que hubiera traspasado sus barreras seculares. Como ante el océano que arrastra el grano de arena y derriba las montañas, todo se derrumbaba al choque formidable de aquellas famélicas legiones que tremolando el harapo como bandera de exterminio reducían a cenizas los palacios y los templos, esas moradas donde el egoísmo y la soberbia han dictado las inicuas leyes que han hecho de la inmensa mayoría de los hombres seres semejantes a las bestias: Sísifos condenados a una tarea eterna los miserables bregan y se agitan sin que una chispa de luz intelectual rasque las tinieblas de sus cerebros esclavos donde la idea, esa simiente divina, no germinará jamás.

Los obreros clavaban en el anciano sus inquietas pupilas en las que brillaba la desconfianza temerosa de la bestia que se ventura en una senda desconocida. Para esas almas muertas, cada idea nueva era una blasfemia contra el credo de servidumbre que les habían legado sus abuelos, y en aquel camarada cuyas palabras entusiasmaban a la joven gente de la mina, sólo veían un espíritu inquieto y temerario, un desequilibrado que osaba rebelarse contra las leyes inmutables del destino.

Y cuando la silueta del capataz se destacó, viniendo hacia ellos, en el extremo de la cancha, cada cual se apresuró a empujar su carretilla mezclándose el crujir de las secas articulaciones al estirar los cansados miembros con el chirrido de las ruedas que resbalaban sobre los rieles.

El viejo, con los ojos húmedos y brillantes, vio alejarse ese rebaño miserable y luego tomando entre sus manos la descarnada cabeza del caballo acarició las escasas crines, murmurando a media voz:

-Adiós, amigo, nada tienes que envidiarnos. Como tú caminamos agobiados por una carga que una leve sacudida haría deslizarse de nuestros hombros, pero que nos obstinamos en sostener hasta la muerte.

Y encorvándose sobre su carretilla se alejó pausadamente economizando sus fuerzas de luchador vencido por el trabajo y la vejez.

El caballo permaneció en el mismo sitio, inmóvil, sin cambiar de postura. El acompasado y lánguido vaivén de sus orejas y el movimiento de los párpados eran los únicos signos de vida de aquel cuerpo lleno de lacras y protuberancias asquerosas. Deslumbrado y ciego por la vívida claridad que la transparencia del aire hacía más radiante e intensa, agachó la cabeza, buscando entre sus patas delanteras un refugio contra las luminosas saetas que herían sus pupilas de nictálope, incapaces de soportar otra luz que la débil y mortecina de las lámparas de seguridad.

Pero aquel resplandor estaba en todas partes y penetraba victorioso a través de sus caídos párpados, cegándolo cada vez más; atontado dio algunos pasos hacia adelante, y su cabeza chocó contra la valla de tablas que limitaba la plataforma. Pareció sorprendido ante el obstáculo y enderezando las orejas olfateó el muro, lanzando breves resoplidos de inquietud; retrocedió buscando una salida, y nuevos obstáculos se interpusieron a su paso; iba y venía entre las pilas de madera, las vagonetas y las vigas de la cabría como un ciego que ha perdido su lazarillo. Al andar levantaba los cascos doblando los jarretes como si caminase aún entre las traviesas de la vía de un túnel de arrastre; y un enjambre de moscas que zumbaban a su alrededor sin inquietarse de las bruscas contracciones de la piel y el febril volteo del desnudo rabo, acosábalo encarnizadamente, multiplicando sus feroces ataques.

Por su cerebro de bestia debía cruzar la vaga idea de que estaba en un rincón de la mina que aún no conocía y donde un impenetrable velo rojo le ocultaba los objetos que le eran familiares.

Su estadía allí terminó bien pronto: un caballero se presentó con un rollo de cuerdas debajo del brazo y yendo en derechura hacia él, lo ató por el cuello y, tirando del ronzal, tomó seguido del caballo la carretera cuya negra cinta iba a perderse en la abrasada llanura que dilatada por todas partes su árida superficie hacia el límite del horizonte.

Diamante cojeaba atrocemente y por su vieja y oscura piel corría un estremecimiento doloroso producido por el contacto de los rayos del sol, que desde la comba azulada de los cielos parecía complacerse en alumbrar aquel andrajo de carne palpitante para que pudieran sin duda distinguirlo los voraces buitres que, como puntos casi imperceptibles perdidos en el vacío, acechaban ya aquella presa que les deparaba su buena estrella.

El conductor se detuvo al borde de una depresión del terreno. Deshizo el nudo que oprimía el flácido cuello del prisionero, impartió una fuerte palmada en el anca para obligarlo a continuar adelante, dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

Aquella hondonada era cubierta por una capa de agua en la época de las lluvias, pero los calores del estío la evaporaban rápidamente. En las partes bajas conservábase algún resto de humedad donde crecían pequeños arbustos espinosos y uno que otro manojito de yerba reseca y polvorienta. En sitios ocultos había diminutas charcas de agua cenagosa, pero inaccesibles para cualquier animal por ágil y vigoroso que fuese.

Diamante, acosado por el hambre y la sed, anduvo un corto trecho, aspirando el aire ruidosamente. De vez en cuando ponía los belfos en contacto con la arena y resoplaba con fuerza, levantando nubes de polvo blanquecino a través de las capas inferiores del aire que sobre aquel suelo de fuego parecían estar en ebullición.

Su ceguera no disminuía y sus pupilas contraídas bajo sus párpados sólo percibían aquella intensa llama roja que había sustituido en su cerebro a la visión ya lejana de las sombras de la mina.

De súbito rasgó el aire un penetrante zumbido al que siguió de inmediato un relincho de dolor, y el mísero rocín dando saltos se puso a correr con la celeridad que sus deformes patas y débiles fuerzas le permitían, a través de los matorrales y depresiones del terreno. Encima de él revoloteaban una docena de grandes tábanos de las arenas.

Aquellos feroces enemigos no le daban tregua y muy pronto tropezó en una ancha grieta y su cuerpo quedó como incrustado en la hendidura. Hizo algunos inútiles esfuerzos para levantarse, y convencido de su impotencia estiró el cuello y se resignó con la pasividad del bruto a que la muerte pusiese fin a los dolores de su carne atormentada.

Los tábanos, hartos de sangre, cesaron en sus ataques y lanzando de sus alas y coseletes destellos de pedrería hendieron la cálida atmósfera y desaparecieron como flechas de oro en el azul espléndido del cielo cuya nítida transparencia no empañaba el más tenue jirón de la bruma.

Algunas sombras, deslizándose a ras del suelo, empezaron a trazar círculos concéntricos en derredor del caído. Allá arriba cerníase en el aire una veintena de grandes aves negras, destacándose el pesado aletear de los gallinazos el porte majestuoso de los buitres que con las alas abiertas e inmóviles describían inmensas espirales que iban estrechando lentamente en torno del cuerpo exánime del caballo.

Por todos los puntos del horizonte aparecían manchas oscuras: eran rezagados que acudían a todo batir de alas al festín que les esperaba.

Entre tanto el sol marchaba rápidamente a su ocaso. El gris de la llanura tomaba a cada instante tintes más opacos y sombríos. En la mina habían cesado las faenas y los mineros como los esclavos de la ergástula abandonaban sus lóbregos agujeros. Allá abajo se amontonaban en el ascensor formando una masa compacta, un nudo de cabezas, de piernas y de brazos entrelazados que fuera del pique se deshacía trabajosamente, convirtiéndose en una larga columna que caminaba silenciosa por la carretera en dirección de las lejanas habitaciones.

El anciano carretillero, sentado en su vagoneta, contemplaba desde la cancha el desfile de los obreros cuyos torsos encorvados parecían sentir aún el roce aplastador de la roca en las bajísimas galerías. De pronto se levantó y mientras el toque de retiro de la campana de señales resbalaba claro y vibrante en la serena atmósfera de la campiña desierta, el viejo, con pesado y lento andar, fue a engrosar las filas de aquellos galeotes cuyas vidas tienen menos valor para sus explotadores que uno solo de los trozos de ese mineral que, como un negro río, fluye inagotable del corazón del venero.

En la mina todo era paz y silencio, no se sentía otro rumor que el sordo y acompasado de los pasos de los obreros que se alejaban. La obscuridad crecía, y allá arriba en la inmensa cúpula brotaban millares de estrellas cuyos blancos, opalinos y purpúreos resplandores, lucían con creciente intensidad en el crepúsculo que envolvía la tierra, sumergida ya en las sombras precursoras de las tinieblas de la noche.

Te recomendamos releer la información entregada sobre el contexto de producción de la obra. Siguiendo el ejemplo entregado en el modelamiento, completa el siguiente cuadro adjuntando las marcas textuales que evidencien cada uno de los aspectos a observar. Recuerda que puedes realizar inferencias en base a la información explícita que el texto te entrega. Las preguntas deben ser respondidas de la forma lo más completa posible.

<i>Temas presentes en la obra</i>	<i>Menciona al menos dos marcas textuales que evidencien ese tema en el cuento.</i>
La muerte	
El destino	
La vejez inútil	
La pobreza	

- a. ¿Cómo se relacionan todos los temas presentes en el cuento? Menciona al menos una marca textual.
- b. ¿Por qué es posible comparar la vida de los viejos obreros en la mina, con la vida de “Diamante”? Señala al menos dos ejemplos del cuento que apoyen tu respuesta.
- c. ¿Cómo el tema de “la vejez inútil” marca a la sociedad de Lota en esa época? ¿Qué consecuencias económicas y sociales producía la llegada a la vejez en los trabajadores de la mina? Sírvete de la contextualización y de al menos una marca textual del cuento.
- d. ¿Qué marcas del trabajo en la mina podemos ver en el protagonista del cuento? ¿Cómo estas marcas van apagando su vida? Señala al menos tres.
- e. Pensando en las condiciones laborales narradas por Lillo, versus las condiciones laborales actuales. ¿Cómo crees que la existencia de condiciones laborales más dignas impactan en el trabajo y la vida de las personas? Señala ejemplos de la vida cotidiana, experiencias de familiares o amigos que te sirvan para realizar esta comparación.